

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

los impulsos de la historia

ESTOY leyendo un extraordinario documento histórico, debido a la pluma de un joven investigador —don Antonio Cache Viu—, que se presta a incesantes y variadas reflexiones. No es este lugar para acometer una exégesis del tema y de su tratamiento en lo que pudiera tener de más profundo, puesto que el libro trata del proceso histórico y de las repercusiones sociales de la Institución Libre de Enseñanza. Quizá dejemos para otra ocasión una nueva referencia al enjundioso libro. Aquí —en estas notas que son como nuestro propio diapasón cotidiano— nos basta la sugerencia que el libro nos ofrece al margen de su tema central, en el sentido de que el siglo XIX, al que cándidamente creíamos apacible y sensato —así nos lo presenta al menos su daguerrotipo de hombres barbudos, secados y reposados—, estuvo, como vulgarmente se dice, cargado de bala. Debajo de los plastrones y de la ortopedia burguesa, debajo de las espumosas barbas y de los chaqués y levitas y envueltas en cortinajes de terciopelos y en pompa de salón con frusterías, debajo de todo esto —y en la cortesía de los «días de recibos» y en las cándidas «soirées» dominicales— bullía la pasión, se encrespaba la tormenta ideológica, se tambaleaba el ser humano en huracanes tremendos, que aún nos agitan.

Otros harán la sinopsis profunda de ese siglo, que tuvo en España, más allá de lo que cuentan los manuales escolares, un signo dual muy marcado. No se traía ahora de meternos en libros de caballería, sino simplemente de observar —como a menudo nos place— el paso del tiempo, ese fantasma elemental y andalguero que nunca se fatiga y que siempre nos deja atrás.

Decía una singular, hermosísima y ya proveya amiga mía el día en que, casualmente, me tocó a mí el decirlo que los americanos habían hecho estallar la bomba atómica, algo que me llamó la atención y que recuerdo siempre. Yo describí el horror de Hiroshima, según las primeras noticias de los telegramas de los periódicos. Y ella fue sagaz y hondamente humana al comentar que aquello significaba el final de una era histórica. Hasta aquí me pareció la observación muy oportuna. Mas ella añadió, a rastras de su memoria escolar, ya un poco decrepita: «Primero era la Edad Antigua, y un día se acabó la Edad Antigua; luego vino la Edad Media, y también se acabó; se acabó más tarde la Moderna, y ahora se acaba la Edad Contemporánea.» La observación me hizo meditar, precisamente, por qué eso de las edades históricas; estoy seguro de que fue un invento del profesor de Historia de mi tiempo en el Instituto, señor Lafuente, tan arbitrario como el «índice de materias» o el «propósito de esta asignatura». De lo contrario, ¿se puede acabar nunca, mientras existamos, la «Edad Contemporánea»? Mi ilustre interlocutora así lo creía, quizá porque la mengua de su personal contemporaneidad ya se manifestaba aviesamente en ciertas excentricidades —aunque no en el brillo de sus ojos—, pasada la edad que Balzac definía, con ancha manga de escritor rollizo, como edad del amor. Mas para una mujer como aquella, que sabía mirar, cualquier edad es su contemporánea; y si no, que lo diga la «Dama veneciana» del Tiziano.

Nos estamos yendo un poco, campo a través, del camino que buscábamos. Resulta en el libro de don Antonio Cache que, a lo largo de los dos tercios

últimos del siglo XIX, la Historia española es, en lo profundo, una serda diatriba entre profesores: unos, partidarios de la libertad de enseñanza; otros, contrarios —o, por lo menos, reacios— a ella. Y la pugna se inscribe, a saltos de régimen y a bandazos de partidos, en el «Boletín Oficial», con decretos, leyes, enmiendas y distingos leguleyos, hasta formar todo ello un cuerpo polémico de gran enjundia. La cuestión de fondo no la entresacamos todavía, mientras no concluyamos la lectura del volumen. Pero a todos aquellos que se enfrascan y empeñan —aquí y fuera de aquí— en razonar con los argumentos y en mantener los puntitos de aquellos doctos y pragmáticos ideólogos, nos parece que se les está pasando hoy la «Edad Contemporánea».

La historia —es un hecho sabido y hasta un lugar común— se repite. Hay muchedumbre de acontecimientos que tenemos la impresión de haber leído en alguna parte, como si estuvieran dormidos en nuestra conciencia. Se repite la historia hasta tal punto que podríamos hacer un manual de situaciones y hallaríamos en ellas la solución oportuna, ya de antemano ensayada, y aun de mil maneras, en tiempos precedentes. Un patriarca de los críticos teatrales de mi mocedad tenía hecha una estadística según la cual no había más que treinta y seis situaciones dramáticas posibles, fuera de las cuales todo era repetición y plagio. No puedo atestiguar la fidelidad y justicia de esta apreciación, pero me parece que algo similar acontece con las situaciones históricas. Tal vez por ello tengan hoy un auge sorprendente los libros de arqueología y la vulgarización de acontecimientos correspondientes a cuatro y a seis mil años antes de ahora. Los habitantes de Babilonia y Asiria o los etruscos eran seres a los que no les separaban de nosotros, en sustancia, más que las vueltas del pantalón. Pero lo que no se repite son las ideas. Una vez pensada una cosa, puesta en circulación y creada una escuela, hay que esperar a que esta se desarrolle y se evapore. Nosotros somos muy parecidos a los griegos del siglo de Pericles, pero no hay uno solo de nosotros que sea hoy peripatético, pongamos por caso. Las ideas y las escuelas y los razonamientos son algo efímero, como el peinado de las señoras, y aun ondulado y brillante como él. Son

memoria de raquel

La monumental corona de flores que Angel Zúñiga envió a Barcelona desde Nueva York, para que sus amigos la depositáramos sobre el féretro de Raquel, nos hizo pensar a todos en la adhesión de nuestro amigo, el corresponsal, hacia la figura ilustre que desaparecía. El piso de Angel Zúñiga en la calle de los Angeles, de Barcelona, tiene visos de museo raqueliano. Raquel Meller fue para Angel Zúñiga un mito, un raro y envidiable ideal. Y en las decenas de recuerdos que el escritor conserva de la canonizada, a la que en la orla de la corona llama «la más española de todas», vive una egregia servidumbre que honra a quien la rindió y a quien la recibió.

A veces habíamos encontrado a Raquel en el do-

como una moda, que en lugar de manifestarse sobre la superficie craneal se manifiesta dentro de ella, en las reconditas del cuero cabellado y aun, seamos justos, en la mente humana. Pero se desfilen en el aire una vez lograda su virtualidad.

La historia es como es, precisamente porque el motor de la historia, contra lo que creen los ideólogos, no son las ideas. La historia es una señora que se pasea en compañía de muy diversos elementos, pero que nunca va del brazo de la filosofía. Por eso la historia se repite; precisamente porque sus conductores y sus lacayos están reclutados entre los poderes permanentes —y a menudo más bajos— del corazón humano. Las pasiones del hombre son siempre las mismas, mientras sus ideas cambian, fluctúan, alumbran un instante y se desvanecen. El viaje de la historia es demasiado largo y fatigoso para quedar a merced de la efímera guía de un pensador o de un filósofo. Los idealistas de la Revolución francesa no ocupan todos juntos la plaza de un sargento que alcanzó las cimas del poder paseándose a caballo por todo el mundo antiguo. Amor, odio, ambición, envidia, celos, pasión en suma, son vocablos para la historia; los silogismos de los profesores, en cambio, son en ella inoperantes.

Contra lo que pudiera parecer ortodoxo en la vertiente histórica de hoy, no creemos que sea grave inconveniente, en el proceso de los pueblos y de las civilizaciones, la supremacía de los elementos discordes del corazón sobre la pura lucubración intelectual. Ya sabemos todos los «puntos que calza» el corazón humano y de lo que es capaz; pero no sabemos de qué matices pueda estar hecha en cada caso la pura ideología. Los anhelos abstractos de felicidad universal y las beneméritas directrices puritanas del mundo acaban, en ocasiones, conduciendo al puro canibalismo. No comprendemos por qué el proceso de la libertad de los pueblos tiene en cada caso por duros intermedios de sangre. Nos horroriza el espectáculo que han ofrecido en los más distantes lugares del mapa los pueblos a quienes Occidente acababa de entregar la libertad. Decididamente no creemos que la historia se haga con ideas filantrópicas ni que la moral política se pueda fraguar en un laboratorio. El impulso de la historia no está en la mente, sino en el corazón humano.

micilio de Angel Zúñiga a media tarde, grandes los ojos negros, pasmada la actitud y como encerrada en el aire que de ella misma trascendía al salón de sus recuerdos, inmersa en la devoción que provocaba. Ella no hablaba casi nada con los demás, pero Angel Zúñiga conocía muchos de sus secretos, esos que ella celosamente guardaba y que los demás sólo entreveíamos a través de su huella y su leyenda. Ahora —en aquella pausa silenciosa de media tarde— comprendíamos que Raquel había nacido para conquistar a Europa sólo a media voz, una voz glauca y humanísima, debeladora de orepeles, estremeceida en sus tonos más cálidos y hondos, aquella voz que se tornaba como el paso de una sombra cuando la melodía ya solo era una verdad inflexiva que flotaba en la luz.